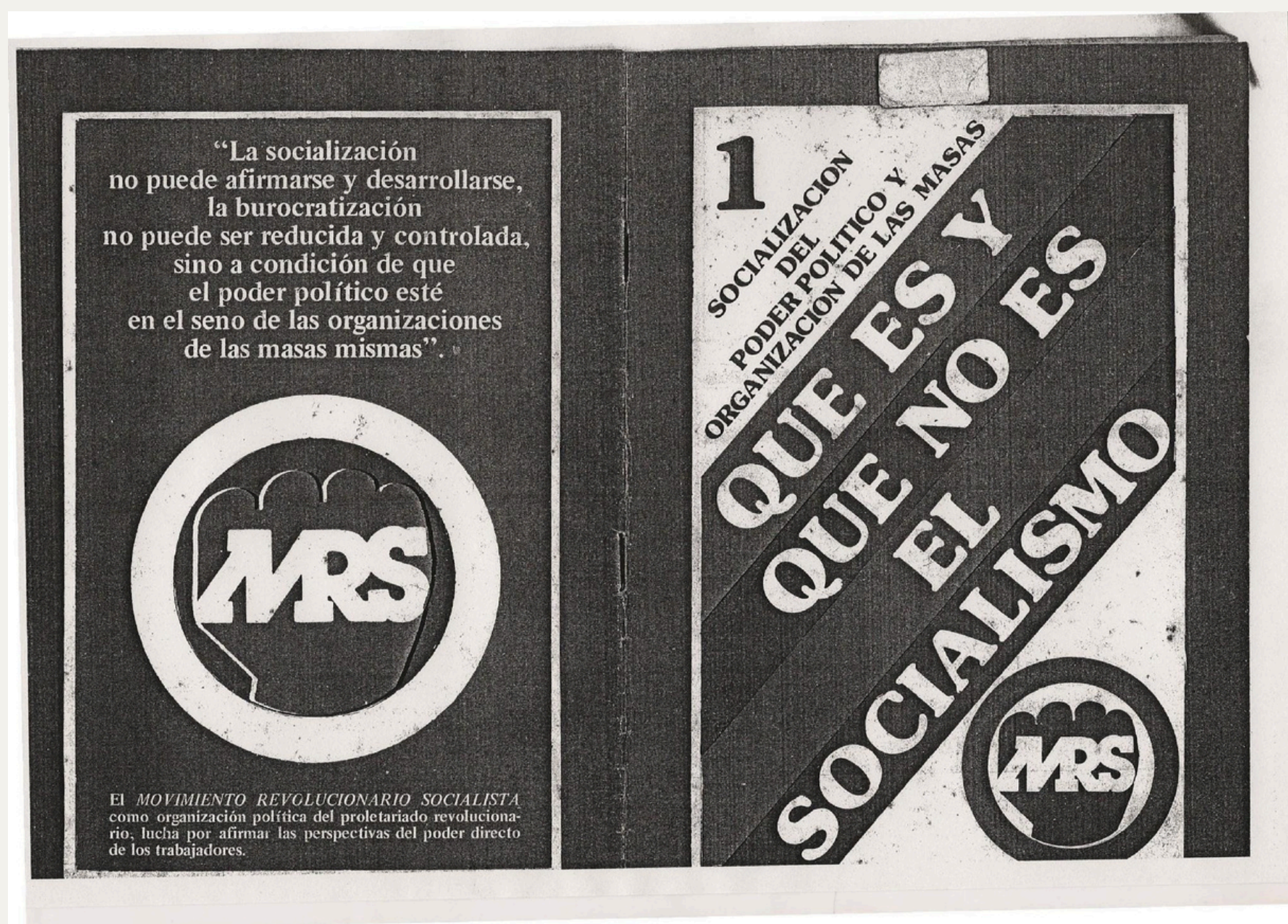


Aníbal Quijano

QUÉ ES, Y QUÉ NO ES EL SOCIALISMO^[1]



Presentación

Una de las principales dificultades que encuentra el movimiento obrero popular en el Perú, para desarrollar una dirección y un programa estratégico de poder revolucionarios, es la gran confusión acerca del socialismo.

Ahora ni siquiera la derecha se priva del uso de esta palabra para embaucar a las masas. Los protagonistas de un intento de chalaneo corporativista de las organizaciones, también han resuelto proclamarse socialistas, una vez que fueron desalojados del gobierno. En el debate nacional actual, está ausente el problema crucial del tipo de poder político a que los explotados aspiran y apuntan con sus luchas, porque la mayoría de las organizaciones de izquierda están entrampadas en el electoralismo y su secuela el vicio parlamentarista, interesadas en controlar aparatos gremiales para su propio poder de grupo. Igualmente, está ausente el debate sobre el problema de las experiencias socialistas en otros países.

Esta es una contribución inicial a la discusión de estas cuestiones. La presente entrega es la primera parte del documento cuya parte final se publicará en un folleto similar.

[1] Publicado en Lima, Perú. 1980. Formato de folleto impreso, primera parte.

Qué no es el socialismo

El Estado es una maquinaria de administración y represión dirigida según las necesidades que el capital tiene en cada momento.

Capitalismo de estado vs. Socialismo

Algunas gentes, por lo general miembros de las capas medias profesionales, intelectuales y Tecnoburocráticas que han venido radicalizando la ideología del nacionalismo desarrollista y populista que desarrollaron antes y durante el oncenio militarista, han hecho circular ampliamente la idea de que el socialismo es simplemente sinónimo de la propiedad estatal de los recursos de producción. Una parte de esa gente se ha organizado hoy en el denominado Partido Socialista Revolucionario (PSR) y otros andan sueltos o más o menos ligados a otras agrupaciones del mismo origen.

¿Y el carácter de clase del Estado?
¿Y el problema de qué pasa con las relaciones de producción, es decir con el modo en que la gente se organiza para producir y reproducir los bienes y servicios que necesita?

Aquellas gentes contestan: Una vez que el Estado se hace cargo de la propiedad y de la administración de los recursos de producción, la clase capitalista, que según ellos es solamente una clase propietaria, es eliminada, y en consecuencia el Estado no es más capitalista.

Sin embargo, la teoría y la experiencia revolucionarias nos enseñan que no es así. Primero, porque el capitalismo no es solamente una relación entre propietarios y no propietarios, aunque la propiedad de unos es uno de los elementos que les permiten dominar a los otros. El capital es, ante todo, una malla de relaciones de producción en que unos, los trabajadores, son obligados a vender su fuerza de trabajo, y los otros, los capitalistas, les compran esa fuerza de trabajo, y se apropian gratis de una parte creciente del trabajo realizado. Los productos de ese trabajo son vendidos en el mercado, controlado por los capitalistas, quienes de ese modo obtienen ganancias sobre la base de la parte del trabajo no pagado. La plusvalía, o trabajo no pagado, es la base de las ganancias de los capitalistas en el mercado de los productos de este trabajo.

Todo lo demás, bancos,

administración, escuelas, universidades, investigaciones, etc. es organizado para apoyar ese sistema de producción y ampliarlo y reproducirlo.

Para poder sostener ese sistema y forzar a los trabajadores a someterse a él, los capitalistas tienen dos instrumentos: El Estado, que es una maquinaria de administración y represión, que es dirigida según las necesidades que el capital tiene en cada momento. Y segundo, la ideología, que es un conjunto de ideas, imágenes y maneras de ver la realidad, que los capitalistas desarrollan y organizan de modo cada vez más sistemático y consciente, para influir en (el pensamiento y en las actitudes) los trabajadores, sea para que admitan que el capitalismo es algo inevitable, beneficioso para todos, que es la única forma de existencia y desarrollo de la sociedad, y también para ponerles trampas de ideas e imágenes falsas cuando se rebelan contra la explotación, y empujarlos hacia caminos falsos donde pueden ser más fácilmente derrotados por la represión del Estado. Así, la ideología sirve a los capitalistas para embaucar a los trabajadores, y el Estado les sirve para reprimirlos cuando se rebelan

y para organizar la parte común de los intereses privados de los capitalistas.

Ahora bien, ¿qué se modifica de todo esto si lo que ocurriera fuera solamente que este Estado asume la propiedad de todos los recursos de producción que están en manos de los capitalistas privados?

Primero, ¿el Estado dejaría de ser una maquinaria de administración y represión? Evidentemente, no. Al contrario, esa maquinaria se desarrollaría y se hincharía cada vez más. Y su poder sobre la sociedad sería muchas veces más fuerte, basado en la propiedad de todos los recursos de producción.

Segundo, ¿los trabajadores dejarían de estar obligados a vender su fuerza de trabajo para poder vivir? Evidentemente, no. Al contrario, su situación sería mucho más forzada. En lugar de vender esa fuerza de trabajo a los capitalistas privados se la venderían al nuevo y único dueño: el Estado.

Tercero, ¿el Estado pagaría a los trabajadores el valor de todo su trabajo, a diferencia de como lo hacían los capitalistas privados? Sin duda, no. Porque entonces, el

Estado no tendría cómo obtener los recursos para sostener una maquinaria cada vez más grande y pesada.

Cuarto, ¿los bienes producidos dejarían de venderse en el mercado, y en consecuencia los bienes se distribuirían de manera igualitaria o por lo menos de modo cada vez más igualitario? ¿Desaparecería la base de la desigualdad entre los hombres? ¿Cómo podría ocurrir eso, si una masa cada vez más grande de burócratas ocupa el Estado y en su nombre y representación la administración de las unidades productivas, y de todos los otros organismos de la sociedad?

En conclusión, pues, el cambio de la propiedad privada a la propiedad estatal no significa, de modo alguno, la eliminación de las bases del capitalismo como relación social de producción y base actual de la explotación y la desigualdad entre los hombres. En otros términos, el capital es mucho más que la propiedad privada o pública de los medios de producción. Es un sistema de producción de mercancías y de obtención de ganancias a costa del trabajo de unos. Y eso no cambia solamente con el cambio de tipo de propiedad,

hasta tanto la producción consista en producir mercaderías a ser vendidas en el mercado para obtener ganancias en esa venta y compra.

El capitalismo nació bajo la propiedad individual. Se desarrolló a través de la propiedad de grupos (empresas), cada vez más grandes (monopolios), o de cooperativas y de la propiedad estatal, todas las cuales existen hoy en día, sin que su carácter explotativo se haya reducido, sino al contrario.

Los trabajadores no tienen mucho a ganar con el cambio entre el capitalismo privado y el capitalismo de Estado, aunque a éste se le rebautice como "socialismo".

¿No hemos tenido en el Perú, hace muy poco, un experimento en esa dirección y conocido sus consecuencias sobre los trabajadores? Por ese camino no se va al socialismo. Por el contrario, el Estado se desarrolla tratando de chalanear a las masas organizadas, controlándolas en cada una de sus organizaciones. Eso se llama corporativismo. Su desemboque frente a la resistencia de las masas puede llevar al fascismo. Velasco lo intentó con todas las gentes del actual PSR en su gobierno y ayudándolo en su trabajo

ideológico y cuando se estrelló contra la resistencia abierta de los trabajadores sacó su MLR para forzarlos por la violencia. Fue derrotado. Pero no perderemos la memoria de estos hechos, aunque hoy sus protagonistas nos cuenten que se han vuelto "socialistas".

Reformismo obrero-burocrático y socialismo

Otras gentes van más lejos que las anteriores. Dicen que sí, que en efecto no basta con estatizar los recursos de producción, que es necesario además, para que el capitalismo desaparezca, sea eliminado, que los trabajadores tengan el control del Estado, de modo que lo que ese Estado haga, sea hecho en representación de los trabajadores y al servicio de sus intereses.

Estas gentes proceden ideológicamente de la deformación burocrática de la teoría marxista de la sociedad, ocurrida con la derrota de los trabajadores después de la revolución soviética en Rusia, y corresponden a organizaciones políticas del propio movimiento obrero-popular, pero fundadas en la burocracia de las organizaciones de las masas y de la clase obrera.

Por esa razón, se les denomina como reformismo obrero-burocrático. Su máxima expresión en el Perú es el Partido Comunista Peruano, hoy dividido entre "Unidad" y "Mayoría".

El problema es que cuando ellos hablan del control del Estado por los trabajadores, se refieren siempre a un Estado como maquinaria administrativa y represiva, aunque esta vez sus funcionarios son cuadros procedentes de ese Partido y a través de él, de los cuadros de las direcciones burocráticas de los trabajadores. Así, para ellos, ese Estado está bajo el control de los trabajadores, aunque siga siendo una maquinaria administrativa y represiva separada del resto de las organizaciones de las masas en general colocado por encima de la sociedad.

¿Cuál es la experiencia real? En efecto, en un comienzo, la burocracia estatal salida de las filas de los trabajadores podía representar a éstos, cuando las masas estaban aun organizadas en organismos de poder, los soviets o consejos de trabajadores, capaces de controlar la acción de sus representantes en la maquinaria,

administrativa y represiva que se desarrollaba, rápidamente separándose de esos organismos.

Pero más de cincuenta años de experiencia, anticipada por el debate socialista anterior y ante todo en la obra de Marx, nos enseña claramente que esa situación no dura y no puede durar. Muy pronto, los organismos de poder de las masas son disueltos o mantenidos puramente en la forma, mientras la maquinaria estatal se separa cada día más de ellos y se coloca por encima de las masas y las reprime.

Es decir, se desarrolla una vasta capa de burocracia que controla una poderosa maquinaria de administración y represión, y a través de ella todos los recursos de la sociedad, y fuerza a los trabajadores a seguir vendiendo su fuerza de trabajo para poder vivir, vende los productos en el mercado, reinstala las bases de la desigualdad y de la explotación entre los hombres. El proceso hacia el socialismo se termina.

¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo podrían controlar las masas directa e inmediatamente un aparato burocrático cerrado y autonomizado de ellas? ¿De qué modo, imaginémonos, podríamos

controlar un Ministerio con sus funcionarios separados por completo de nuestras organizaciones? Y, ¿cómo podríamos controlar por mucho tiempo todo un Estado, con su ejército, su policía y sus burócratas? ¿Sólo porque esos funcionarios salieron desde las filas de los trabajadores alguna vez?

Pongámoslo en nuestra experiencia inmediata: ¿No es verdad que ya tenemos grandes dificultades de controlar realmente la dirección burocrática de la CGTP, en la medida que esa dirección responde más a sus intereses de grupo que a las bases sindicales de las masas? ¿No es por eso, precisamente, que hoy día varias organizaciones sindicales no quieren integrarse a la CGTP y las propias bases de ella no se sienten representadas allí, sino que de un modo muy indirecto, distorsionado y burocrático? ¿No es ésa una de las causas de la división sindical en el país, y de las derrotas sucesivas de nuestros movimientos de resistencia frente a la dictadura? No es difícil prever lo que sucedería si esa burocracia fuera dueña del Estado.

Aunque pueda parecerse en las palabras, un Estado burocrático, aunque sus funcionarios puedan

salir de las filas de los propios trabajadores, no puede, por su naturaleza, destruir real y plenamente las bases del capitalismo, las bases de la explotación y la desigualdad entre los hombres. Se parece al socialismo como el mono al hombre: ambos tienen un ancestral parentesco, pero se desarrollaron no sólo en direcciones diferentes sino divergentes.

Como conjunto, el movimiento trotskista internacional forma el ala izquierda extrema de esa misma alternativa de poder político. Alternativa matizada por el reclamo de una relación democrática entre tal Estado y las organizaciones de las masas y dentro del Partido que dirige y ocupa ese Estado. Por ello, más cerca del socialismo pero en el límite extremo del otro lado. ¿No es por eso, un accidente que los trotskistas sean seguramente los últimos, cuando ya dentro del propio movimiento comunista internacional hay un debate agrio sobre el problema del socialismo en Rusia, en continuar sosteniendo el carácter obrero, aunque deformado burocráticamente, del Estado ruso actual?

Qué es el socialismo

Marx sostenía que el poder político de los trabajadores, en el curso de la transición socialista, tenía un carácter ambivalente: era aún en cierta forma un Estado y al mismo tiempo, ya no lo era. Se iría resolviendo con el desarrollo de la socialización del poder político.

El socialismo no es un modo de producción ni un modelo de sociedad: es una transición

Otras corrientes, agrupadas en numerosas organizaciones de diversa importancia pero uniformadas por un común reclamo "maoista", sostienen prolongadamente que en el Perú no es todavía la hora de una revolución socialista sino de una democrático-popular.

Aunque no es claro cual idea se elabora entre ellos acerca del socialismo, en su debate está implicada la idea de que el socialismo es un modo de producción y un modelo de sociedad. Naturalmente si ello fuera así, ellos tendrían toda la razón en sostener el carácter prematuro de una revolución socialista en una sociedad tan atrasada como la nuestra.

El problema es que no se trata de eso. El socialismo, es un período particular de las luchas de clases, que comienza con la socialización del poder político y se desarrolla a través de un proceso de socialización creciente de los recursos de producción y de las formas de distribución de bienes y servicios en la sociedad, reduciendo cada vez más las bases de la producción de bienes como mercancías, las bases de la explotación y de las diferencias sociales entre la población y en consecuencia las bases de todo tipo de Estado o poder político separado de la vida cotidiana de las masas.

Ese proceso no puede desarrollarse en esa dirección sino a partir y sobre la base de la socialización del poder político por las masas. Esto es, cuando las masas a través de sus organizaciones surgidas en el curso de las luchas contra el actual Estado y la burguesía, asumen el poder político dentro de la sociedad y no como una maquinaria colocada por encima de ella.

“El socialismo, es un periodo particular de las luchas de clases, que comienza con la socialización del poder político y se desarrolla a través de un proceso de socialización creciente de los recursos de producción y de las formas de distribución de bienes y servicios en la sociedad”.

Y no puede desarrollarse sino a través de luchas contra todos los sectores de interés real o ideológicos que obstaculizan la socialización creciente de los recursos de producción y de la distribución de bienes. Es pues, por su naturaleza, un proceso que se desarrolla de modo desigual por áreas de problemas, en diversos momentos de avance y de retroceso en función de las relaciones de fuerzas. No es, por eso, ni un modo de producción ni un modelo de sociedad, sino una transición hacia eso: un modo de producción en que todos los recursos de producción se han socializado y todos los bienes han dejado de ser mercaderías; se llama un modo comunista de producción. La sociedad que se organiza sobre esa base, cuando se han socializado todas las formas de distribución de bienes, no tiene clases en lucha entre sí, ni distancias sociales entre la ciudad y el campo, entre trabajo manual e intelectual. Y en consecuencia, no requiere de un Estado, como maquinaria administrativa y represiva separada como cuerpo aparte en la sociedad.

Por ello, si el socialismo no se concibe como una transición, un proceso de luchas de clases durante todo un periodo para hacer

avanzar el curso de socialización, es fácil confundirse con algunas cuestiones. Entre otras, que durante ese proceso, desde el propio poder directo de los trabajadores, en una sociedad como la nuestra, de recursos de producción pobres, de nivel productivo y educativo bajo, con tan grandes diferencias sociales, con ciudad y campo contrapuestos, con subculturas conflictivas, etc., tenga que ser necesario, inclusive mantener áreas de producción y de distribución de tipo pre-socialista y aun capitalista, mientras se fortalecen las áreas básicas en curso de socialización.

El problema es que todo eso no sería posible de hacer, la socialización no puede afirmarse y desarrollarse, la burocratización no puede ser reducida y controlada, sino a condición de que el poder político esté en el seno de las organizaciones de las masas mismas y no en una nueva maquinaria estatal separada aunque esté llena de "nuestros" burócratas. Ese poder político, como lo pudo ver Marx desde la Comuna de París, es aún en cierta forma un Estado. Pero un Estado que comienza a dejar de serlo y que debe irse eliminando por la maduración del proceso global de socialización de la sociedad.

Socialización del poder político y organización de las masas

Lo que caracteriza la transición socialista, aquello que le da su más profundo sentido, lo que es su punto de partida y su base permanente, sustento y, al mismo tiempo, expresión central de su desarrollo, es la afirmación o consolidación y ampliación del proceso de socialización del poder político.

La socialización del poder político no puede consistir en el surgimiento y consolidación de una nueva maquinaria administrativa y represiva, separada y por encima de las organizaciones directas de las masas de trabajadores, por mucho que esa maquinaria o Estado esté inicialmente bajo el control inmediato de una burocracia cuyos miembros procedan de las filas de aquellos.

La socialización del poder político, para ser genuina, estable y capaz de desarrollar la transición socialista, consiste en que son las propias organizaciones que las masas de trabajadores han formado en su lucha contra los capitalistas y sus agentes, antes de la derrota violenta de éstos, y los que tenga que formar durante el propio proceso de transición socialista, asumiendo de manera

inmediata y directa la gestión, administración, planificación, global y sectorialmente, de todas y cada una de las áreas de producción, distribución, uso y consumo de los bienes y servicios que requieren en cada momento. Y que, como consecuencia, están en condiciones de presionar y de reprimir, si es necesario, a todos los que se opongan al desarrollo y consolidación de esta forma de organizar la existencia social.

Ciertamente, las masas y sus organizaciones, no podrían llevar a cabo tan decisivas tareas y sobre todo al comienzo del proceso (cuando es todavía necesario erradicar todos los medios y bases de la resistencia de la burguesía y sus clases y capas sociales) si no estuvieran en condiciones de operar de manera global y planificar de modo igualmente global sus actividades en todos los terrenos.

En consecuencia, las organizaciones de las masas requieren articularse entre sí permanentemente, porque es la capacidad de actividad colectivamente organizada lo que otorga a las masas trabajadoras su fuerza y su poder. Eso significa que no pueden dejar de existir, tanto tiempo como sea necesario en la historia del camino hacia el

comunismo, instancias de centralización orgánica que expresan esa articulación y coordinación de las organizaciones de las masas, y permiten su actuación global y unificada.

“El Socialismo es un proceso de socialización del poder político, de los recursos de producción, de la organización del trabajo y de los bienes y servicios, que se cumple a lo largo de un período de lucha de clases, que se inicia con la destrucción del Estado burgués y su reemplazo con el poder directo de las masas, a través de sus propias organizaciones surgidas en el curso sus luchas contra la clase enemiga, bajo la dirección proletaria de un amplio Frente de Explotados”.

Un Estado que ya no es Estado

Por ello, Marx sostenía que el poder político de los trabajadores, en el curso de la transición socialista, tenía un carácter ambivalente: era aún en cierta forma un Estado y al mismo tiempo, ya no lo era. Y que esa ambivalencia se iría resolviendo con el desarrollo de la socialización por el gradual debilitamiento del componente Estado en favor de la total reinserción del poder político en la vida cotidiana de las masas hasta la total eliminación de todo poder político.

¿Qué quiere decir eso? Quiere decir, ante todo, que el proceso de transición socialista a la lucha de

clases no es erradicada sino de modo gradual, más o menos rápidamente dependiendo de las condiciones históricas concretas de cada momento, y en consecuencia es inevitable y, en cierto sentido indispensable, la existencia de un poder político organizado de los trabajadores porque todo poder político tiene un contenido y una base de clase. En la medida en que en la transición socialista se van erradicando, por la acción consciente y planificada de las masas organizadas, las bases materiales e ideológicas de la división de la sociedad en clases, el poder político va dejando de ser necesario.

En segundo término, eso quiere decir que aquellas instancias centralizadoras y unificadoras del poder político de las organizaciones de las masas, implican de cierta forma aparatos y, en consecuencia, formas estatales, en la medida en que adquieren una cierta separación de la vida cotidiana de las masas, e implican también por eso mismo y en cierto sentido último, embriones de burocracia.

En tercer término, eso quiere decir que a pesar de esa necesidad de un poder político uno de cuyos componentes son esas formas estatales, por las necesidades de la lucha de clases, sin embargo el

proceso tiene que desarrollarse en el sentido del aumento del poder de las propias organizaciones de las masas en cada área de sus actividades concretas, y bajo el control creciente de los miembros de base de esas organizaciones, de modo que eso permita la maduración y el desarrollo del proceso de socialización de la sociedad y la gradual eliminación de toda necesidad de poder separado de las masas, así sea sólo parcialmente. Es la desaparición gradual de esas formas estatales, lo que en consecuencia caracteriza la maduración del proceso de transición socialista, lo que da cuenta de que las bases de la explotación están siendo debilitadas y erradicadas y que avanza, sin duda desigualmente, el ingreso al comunismo.

Anarquismo y socialismo revolucionario

En eso consiste la profunda diferencia entre la teoría y estrategia anarquista y la teoría y estrategia socialista revolucionaria hacia el comunismo. La primera, el anarquismo, pretende que desde ahora se produzca la implantación de una sociedad comunista, sin poder político organizado, como si las bases de la sociedad sin clases

consistieran solamente en decisiones o actos de ideología y de voluntad.

La segunda, el socialismo revolucionario, procede a partir del conocimiento científico de las bases de la sociedad de clases, de sus expresiones políticas en el Estado; y, en consecuencia, sus luchas se ordenan en función de las leyes del movimiento de la sociedad, y por lo cual solamente la destrucción del Estado burgués, por la acción organizada de las masas, la socialización del poder político de modo violento pero no menos gradual, la socialización de las bases materiales de la sociedad, la remoción de sus escombros ideológicos en la cabeza de los propios trabajadores, pueden llevar a la sociedad comunista.

“Revolución Socialista es, ante todo y sobre todo, desde la lucha inicial hasta la sociedad sin clases, el desarrollo del poder organizado e independiente de las masas explotadas, bajo la dirección del proletariado revolucionario, como poder en la sociedad, no como otro Estado cuyo aparato vuelve a colocarse por encima de la vida diaria de las masas y pasa a controlarlas en vez de ayudarlas en la lucha por su liberación.”

La estupidez Velasquista

Los ignorantes aunque astutos ideólogos del velasquismo, en particular Carlos Delgado y sus acólitos del Sinamos, intentaron hacer tragar a las masas un enorme y tosco contrabando, alegando que ellos querían precisamente el poder directo de los trabajadores, y por ello se oponían a la formación de partidos políticos de los trabajadores, porque esos partidos se transformarían en nuevas oligarquías, y hablaban de la vinculación directa entre las organizaciones de masas y el Estado y hasta llegaron a decir que se “inspiraban” en las corrientes “libertarias” o anarquistas.

Aunque eso es realmente tosco y estúpido, y ahora los velasquistas de derecha (Tantaleán, Zimmerman), y de izquierda (PSR Leonídas Rodríguez) ya no se “inspiran” en esas tonterías “ideo-políticas”, conviene dejar claro el contrabando.

Primero, como ignorantes que son, los velasquistas desconocían que los anarquistas sostienen la necesidad de eliminar todo tipo de Estado. Y muy alegremente hablaban de “socialismo libertario” mientras estaban fortaleciendo un brutal Estado burgués militarizado.

Segundo, se dedicaron a organizar sectores de masas, precisamente bajo el control directo de este Estado burgués militarizado, con toda su inmensa y corrupta burocracia y sus fuerzas armadas represivas, y cínicamente llamaron a eso “poder directo” de las masas porque no permitían intermediaciones partidarias. Es decir, trataban de afirmar el control estatal sobre las organizaciones de las masas. Eso se llama corporativismo y fue, por fortuna, advertido y derrotado por las masas. Para eso es que predicaban contra la necesidad de partidos.

Tercero, esas organizaciones corporativas (CTRP, la vieja CNA, SERP, etc.), fueron engendradas por los servicios de inteligencia y de seguridad de las fuerzas armadas, y al servicio de eso, los intelectuales velasquistas trataron de echar tinta en el ojo de las masas, para impedirles reconocer la bestia corporativista, de desemboque fascista que estaba organizándose por el velasquismo:

